

URBINO SOLANO GOMEZ

Es muy posible que el nombre de Urbino Solano Gómez no le diga nada a la mayoría de nuestros lectores.

Este nombre apareció en las páginas de «sucesos», en las crónicas policíacas.

Se trata de un joven de 20 años. Aparenta mucho menos.

Hace dos años mató a un anciano, en la disputa por un pedazo de pan. Se reproduce la imagen de algunas de las narraciones de la segunda mitad del siglo pasado. Entonces se retrataba la miseria que acompañó a la llamada revolución industrial.

Ahora es la imagen de una sociedad subdesarrollada en la época de la revolución científico-técnica. Es el espejo del capitalismo salvaje y de su sustento teórico, el neoliberalismo.

Este muchacho fue condenado a 18 años de cárcel. Mató por un pedazo de pan.

Son miles y miles de jóvenes los que han perdido la esperanza. Las injusticias sociales los han colocado en un callejón sin salida. Drogadicción, prostitución, delincuencia, son los resultados de una «sociedad» que se solaza con los «parámetros macroeconómicos», pero que es totalmente indiferente ante el dolor ajeno.

Se habla mucho de la pérdida de valores. Efectivamente el sentido de la honradez y de la dignidad se han perdido. El éxito se

mede por las cuentas bancarias. La sociedad, según estos criterios, se moderniza cuando transfiere todo el poder económico y como consecuencia, el político, a los grandes capitalistas.

Es un caso de ceguera social. Las clases dominantes no se apoyan en nuestro pueblo, al que utilizan exclusivamente para su legitimación electoral.

El respaldo del Gobierno de los Estados Unidos y de los organismos financieros internacionales es el fundamento de una política criminal y suicida. Criminal contra los pobres; suicida porque significa la pérdida de la identidad nacional.

Los neoliberales están conduciendo al país a una catástrofe económica y social. Son responsables directos del empobrecimiento del pueblo y de la descomposición social y moral que sufre la sociedad costarricense.

Están descalificados para gobernar.

La transferencia del poder económico a un pequeño grupo de oligarcas lejos de cerrarlas, abre las puertas a la corrupción. A la peor de todas, la corrupción de los de arriba.

La historia del joven Urbino es una tragedia terrible. Es el resumen del dolor de una buena parte de nuestra juventud.

Ese dolor se convertirá en indignación. Es el camino de la redención de los explotados.

EL PODER JUDICIAL Y LA CRISIS MORAL

Al fin de cuentas y después de las presiones ejercidas por el Gobierno y la prensa, el Lic. Jesús Ramírez fue reelecto como Magistrado de la Corte Suprema de Justicia.

Nunca antes la elección de un magistrado había dado lugar a tantas controversias. Posiblemente esto ha sido lo único importante en esta discusión. Hasta ahora, en lo fundamental, la elección de los magistrados ha sido una imposición de la mayoría parlamentaria, casi siempre liberacionistas o el resultado de un acuerdo bipartidista.

Alguna vez dijimos que la Corte es hijastra de la politiquería, que tanto daño le ha hecho y le sigue haciendo a la sociedad costarricense.

En este caso se repitió exactamente la misma pócima y la misma dosis, con la sola virtud de la transparencia que no se dio en otros.

Cada uno buscó el beneficio electorero,

incluyendo a Carlos Manuel Castillo. A ninguno de ellos le interesa seriamente la salud de la República. Da grima ver a Miguel Angel Rodríguez presentándose como el abanderado de la lucha por la moral en los asuntos públicos. Es pura pose.

Lo cierto es que si el señor Ramírez hubiese sido destituido todo hubiera seguido igual, así como nada cambiará con su reelección.

La Asamblea Legislativa tiene la obligación de cambiar el método de elección de los magistrados. Hasta ahora todos los intentos se han estrellado contra el propósito politiquero de manejar los nombramientos desde la Asamblea. Si se nombran por simple mayoría, un partido, como ocurrió en el pasado, logra el dominio político del Poder Judicial; si se nombran por mayoría calificada, surge la sombra del reparto por inconfesables contubernios.

Por eso consideramos que aunque cambiar el método es necesario lo más importante es cambiar todo el sistema político. El único remedio eficaz contra la corrupción es el control popular, es decir la verdadera democracia.

Es cierto es que con métodos viciados han llegado a la Corte hombres probos y debidamente capacitados; también es cierto que el nombramiento de comisiones para la calificación de los candidatos y las votaciones calificadas no son garantía de que siempre se escogerá a los mejores.

El control popular es insustituible.

El programa del Partido Vanguardia Popular es el único documento político que señala vías para su cabal cumplimiento. Mientras no se cumplan estos propósitos de democratización de la vida social y política, seguirá imperando la corrupción.